


<p>Diario de Sevilla</p> <p>Andalucía General</p> <p>Diaria</p>	<p>Tirada: 37.397</p> <p>Difusión: 29.504</p> <p>(O.J.D)</p> <p>Audiencia: 103.264</p> <p>09/10/2005</p>	<p>Sección: -</p> <p>Espacio (Cm_2): 691</p> <p>Ocupación (%): 76%</p> <p>Valor (€): 2.640,49</p> <p>Valor Pág. (€): 3.470,00</p> <p>Página: 50</p>	
			<p>Imagen: Si</p>

Una sombra nocturna

La historiadora • Elizabeth Kostova • Umbriel • Barcelona, 2005 • 833 páginas • 19 euros



■ Sabido es que el mito del vampiro, la figura del no muerto, hunde sus raíces en la profunda noche del Neolítico. Carlo Ginzburg tiene muy documentada

la huella de este espectro indoeuropeo en su estupenda y exhaustiva *Historia nocturna*. Sin embargo, no es hasta el *Drácula* de Bram Stoker cuando el vampiro alcanza su oscuro prestigio, su lámina de noble sanguinario, rondador infatigable de doncellas. Y esto ocurre porque en el XIX industrial, el vampiro simboliza las fuerzas irracionales, las potencias vinculadas a la noche (el deseo, los sueños, el violento desorden de los cuerpos), frente a un mundo regido por la virtud burguesa y el honesto confort de médicos y oficinistas. Y claro, eso tenía que salir por algún lado. Pues bien, *La historiadora* no va por ahí. De hecho, no sabemos a dónde quiere ir la autora de estas páginas, Elizabeth Kostova, trayendo a la actualidad del XXI la venerada efigie de Vlad el Empalador, por mal nombre Drácula.

En realidad, *La historiadora* es un compendio histórico embutido en una intriga inexistente. O a la inversa, la novela de Kostova se sustenta en una agradable erudición sobre la Europa medieval y las luchas entre la Cruz y la Media Luna (recuerden que Drácula es el conde fronterizo que defendió a la Cristiandad contra el Imperio Otomano), pero contadas de un modo infantil y algo atropellado. Quiero decir que leyendo *La historiadora* se conoce que la señora Kostova ha menudeado las bibliotecas y ha fatigado tomos, infolios y legajos de considerable enjundia. No obstante, su pericia narrativa es confusa, profusa y difusa, de manera que ahora comprendemos por qué ha tardado diez años en escribir este abultado libro de vampiros, por el cual recibió un adelanto de dos millones de dólares, cosa que nos alegra enormemente, etcétera.

Ahora bien, ¿de qué trata *La historiadora*? El meollo del asunto está en que, a primros del XX, unos historiadores anglosajones descubren que Drácula sigue vivo, y entonces se acercan a la vieja Europa, a la Valaquia y Transilvania de la mitología vampírica, para encontrar la tumba del no muerto y liquidarlo con una estaca afilada. Luego todo esto se complica con nuevos investigadores y descendientes de Vlad Tepes, que portan oscuramente la semilla del Mal en la corriente de su sangre. Pero el problema está en que Drácula, el Drácula de *La historiadora*, es un ente fantasmal, una sombra fornida que asoma fugazmente y muere porque sí, ajusticiado por sus perseguidores como



DRÁCULA. Gary Oldman, vampiro romántico y desposeído, según la versión de Coppola.

el que coge un taxi. Y entre medias, la erudición incesante, el cruce de cartas y documentos (los personajes de esta novela escriben incluso después de muertos), el viaje a los Cárpatos y la Turquía de los 50/60, más la descripción minuciosa del ambiente académico y social de la Europa del bloque soviético.

Esto ya le ocurría al *Drácula* de Bram Stoker (me refiero a la debilidad del personaje, que permanece como una bruma irresuelta, como una excusa narrativa para magnificar los logros de la ciencia moderna). Sin embargo, la diferencia está en que Bram Stoker sí supo dar con el espíritu de los tiempos, con un fenómeno escondido en la entraña de su sociedad, el cual no era otro que la muerte de la aristocracia. Y en efecto, Drácula representa a la nobleza medieval, a los señores violentos y arbitrarios, que quedan anulados, subsumidos por la pujante burguesía y los avances científicos del momento: el ferrocarril, la medicina, los telégrafos y, en fin, todo lo que Coppola ha retratado admirablemente en su película, vulnerando y actualizando al con-

EVOLUCIÓN DEL MITO

De Stoker a Coppola

El último en dar una visión coherente del vampiro ha sido Francis Ford Coppola, al crear un Drácula enamorado y agónico, muy distante del monstruo visceral, de la sombra delgada que había fabricado Bram Stoker. Digamos que Coppola ha sido fiel a la novela del irlandés, pero reescribiéndola, filmándola desde la perspectiva del no muerto, del noble traicionado por un Dios belicoso. Luego han venido los vampiros metrosexuales de Anne Rice y éste último, algo dubitativo, que ha glosado sin demasiada fortuna Elizabeth Kostova. Como novedad corrosiva y posmoderna, quizá debamos quedarnos con el *Brácula* de Chiquito de la Calzada, vampiro desdentado e imbécil.

de transilvano. La Kostova, por contra, duda entre el Drácula vampírico y el Drácula real, de modo que resulta una novela dispersa, abultada, ineficaz, que abriga al personaje con profusión de datos, para luego matarlo con la misma facilidad que a un conejo.

Quizá los versos que mejor le vengan a *La historiadora* sean éstos del olvidado Luis Rosales: "jamás me equivoqué en nada/ salvo en aquello que yo más quería". Con lo cual, parece que Elizabeth Kostova hubiera pensado escribir un ensayo sobre Vlad el Empalador, y luego se embarulló con la figura decimonónica de Stoker. En el peor de los casos, *La historiadora* es un hermoso recorrido por la historia y los mitos de Centroeuropa, una original biografía de aquel guerrero aristocrático, cruel y fascinante, que dio en exhibir a sus enemigos ensartándolos en un bosque de estacas. Pero el Drácula de la leyenda, el vampiro elegante, la sombra nocturna, el muerto insomne, ése que un día quisimos ser, entre mujeriego e irredento, ése, repito, no aparece aquí por ningún lado.